

al verdadero malvado. La angustia que experimenta el paciente la da él con alegría, y recibe las cosquillas de los dolores de aquél. Al malvado satisface lo terrible; el suplicio reverbera en el bienestar. Ejemplo: El Duque de Alba. Nuestro lado obscuro es insondable.

Josiana tenía la absoluta seguridad que presta el orgullo ignorante, compuesta del desprecio de todo. Es extraordinaria la facultad femenina de desdén; el desdén de Josiana era inconsciente, involuntario y confiado. Barkilphedro era para ella un ser insignificante; se hubiera quedado atónita si le hubiesen dicho lo que era realmente.

Ella iba, venía, reía y loqueaba delante de este hombre, que la contemplaba oblicuamente, pensativo y acechando la ocasión.

Cuanto más esperaba, más se afirmaba en la determinación de causar en la vida de esta mujer una desesperación cualquiera.

Estaba decidido á ser inexorable.

El se daba razones de su proceder; no hay que suponer que los pícaros no se aprecian á sí mismos. Se ajustan las cuentas por medio de monólogos altivos y discuten desde muy alto. ¿Cómo se entiende? ¿Josiana hacerle limosnas? Le había arrojado, como á un mendigo, algunos liards de su enorme riqueza y lo había condenado á una función inepta. El Barkilphedro, hombre casi eclesiástico, capacidad variada y profunda, personaje docto, tenía por empleo destapar botellas arrojadas por el mar y descifrar pergaminos enmohecidos. ¡De esto tenía la culpa Josiana, y para colmo de afrenta, ella le tuteaba! ¿Y no se había de vengar? ¿Y no había de castigarla? ¡Si no obrase como debía con ella, no existía justicia en el mundo!

X

LLAMARADAS QUE SE PERCIBIRÍAN SI EL HOMBRE FUESE TRANSPARENTE

Pues qué, ¿ha de ser siempre dichosa esa mujer extravagante, esa soñadora lúbrica, virgen, hasta que se le presente ocasión de no serlo, esa Diana orgullosa, esa bastarda de un canalla de Rey que

no supo permanecer en su puesto, que se supone diosa porque es una gran dama y que sería mujer pública si fuese pobre, esa ladrona de los bienes de un proscrito? ¿se cree que se ha portado conmigo regiamente, conmigo Barkilphedro, porque un día que tenía hambre y carecía de asilo cometí la imprudencia de sentarme en su casa en un rincón de su mesa y de anidar en un agujero cualquiera de su insoportable palacio, un poco mejor que los criados, pero peor que sus caballos? Abusó de mi miseria para no verse precisada á colocarme en la posición que merezco, que es lo que hacen los ricos para humillar á los pobres. ¿Qué le costaba haber hecho lo que debía? ¿Qué hizo por mí? Nada. Si me alojó en su casa, fué porque tenía habitaciones de sobra; ¿se privaba, acaso, por eso de comer una cucharada menos de sopa de tortuga? ¿Se privó de derrochar ni siquiera lo superfluo? No; al contrario, agregó á lo superfluo una vanidad, un objeto de lujo, una buena acción que mostraba, como un anillo en el dedo; la de socorrer y patrocinar á un hombre de talento. Puede estar orgullosa y decir: «¡Yo prodigo beneficios, yo protejo á los hombres de letras! ¡El miserable puede jactarse de haber dado conmigo! Soy muy amiga de las artes.» Todo por concederme un miserable lecho en un cuarto que le sobraba. En cuanto al destino que por Josiana desempeña en el almirantazgo, ¡vaya un destino!... es un empleo ridículo.

¿Qué debía, pues, á Josiana? La gratitud del jorobado á su madre que le hizo deforme. ¡Esto son los privilegiados, los ricos, los preferidos de la fortuna madrastra! Los hombres de talento como él se ven precisados á alinearse en las escaleras, á saludar á lacayos, á subir por las noches muchos pisos, á ser corteses, activos, deferentes, risueños y á hacer de continuo un gesto respetuoso, mientras Josiana se cubría el cuello de perlas y adoptaba posiciones amorosas con su estúpido lord David.

No os dejéis jamás prestar servicios; os engañarán. No os dejéis coger en flagrante delito de inanición, porque os aliviarán. Porque Barkilphedro carecía de pan, esa mujer halló suficiente pretexto para darle de comer. Desde entonces fué él su criado.

Un desfallecimiento del estómago os ensuavidad vuestra delicadeza y vuestra cadena para toda la vida. Verse obligado, es ser explotado. Los felices, los poderosos, aprovechan el instante en que les tendéis la mano para ponerlos en ella una moneda, y desde entonces, desde ese minuto de cobardía, sois ya su esclavo, y esclavo de la peor especie, esclavo de una caridad, esclavo que os obligan á querer. Y todo ha terminado: sois ya condenado perpetuamente á encontrar bueno á aquel hombre, á encontrar bella á aquella mujer, á permanecer en segundo término, de subalterno; á aprobar, á aplaudir, á admirar, á incensar, á arrojarlos, á suavizar vuestras frases cuando os agite la cólera. De este modo los ricos hacen prisionero al pobre. La liga de la buena acción os embadurna y os empantana para siempre.

La limosna es irremediable. Gratitud es parálisis. El beneficio tiene adherencia viscosa y repugnante, que os priva de todo movimiento. Esto lo saben los odiosos poderosos, cuya compasión os maltrata. Os convertís en cosa suya. Os han comprado. ¿Por cuánto? por un hueso que le han quitado al perro para ofrecérselo, arrojándolo á la cabeza. Habéis sido, al mismo tiempo, socorrido y lapidado, pero esto es igual. ¿Roíste el hueso, sí ó no? Si lo habéis roído, dad las gracias para siempre. Adorad á vuestros dueños con genuflexión indefinida. Exigen que comprendáis que sois un pobre diablo, para que reconozcáis que ellos son dioses. Vuestra pequeñez los aumenta; cuanto más os encorváis, más rectos están ellos.

—¿Qué es eso que tenéis tan horrible en casa? ¿Quién es ese hombre?

—No lo sé; es un estudiantón que mantengo.

Así dialogan las grandes damas, sin bajar siquiera la voz. Vos lo oís y permanecéis mecánicamente amable. Por otra parte, si os halláis enfermo, vuestros señores os mandan el médico, pero no el suyo. En ocasiones se informan. No siendo de igual especie que vos, y estando lo inaccesible de su parte, ellos son amables. A fuerza de desdén son corteses. En mesa os hacen un imperceptible signo de cabeza; á veces saben la ortografía de vuestro nombre, y os hacen conocer que son vuestros protectores, hollando con

suavidad vuestra delicadeza y vuestra susceptibilidad. ¡Son tan bondadosos!

¿Esto no es abominable? Evidentemente, y urge castigar á Josiana. Es necesario que sepa á quién desafía. Josiana, ¿qué mérito tiene? Hizo la obra maestra de venir al mundo para confirmar el disparate de su padre y la deshonra de su madre; nos hace la merced de existir, y por eso, y por la complacencia de ser un escándalo público, le pagan millones, tiene tierras y castillos, sitios de caza, lagos y bosques; mientras que él, Barkilphedro, que estudió y trabajó, y que poseía talento, que sería capaz de mandar ejércitos, que podría escribir tragedias como Otway y Dryden, si quisiese, él vióse reducido á pedir pan á semejante mujer para no morir de hambre. La usurpación de los ricos execrables, favoritos de la fortuna, puede costarles muy cara. Aparentan ser generosos con nosotros y protegernos y sonreírnos, ¡á nosotros que beberíamos su sangre y luego nos laméramos los labios!... ¡Es la más espantosa de las iniquidades que una aventurera mujer de la corte disfrute del odioso poder de ser bienhechora, y que el hombre superior esté condenado á recoger del suelo las sobras que caen de tales manos! ¡Qué sociedad es esta que tiene en este punto por base la desproporción y la injusticia! ¿No estamos ya en el caso de cogerlo todo por los cuatro ángulos y de arrojar al mismo tiempo al suelo el mantel, el festín, la orgía, la embriaguez y á los convidados, á los que se hallan con los codos sobre la mesa y á los que están á cuatro patas debajo, á los insolentes que dan y á los estúpidos que aceptan, y de escupírselo todo á Dios y de lanzar toda la tierra contra el cielo?... Esperando que llegue esa ocasión, ahondemos las garras en Josiana.

Así razonaba Barkilphedro, y sus raciocinios eran los rugidos de su alma. Es costumbre del envidioso absolverse á sí mismo, mezclando en su agravio el mal público. Todas las formas de las pasiones odiosas iban y venían en su inteligencia feróz. ¿Su tinglado de razonamientos salvajes era en absoluto absurdo? ¿Carecía de cierto juicio? Preciso es decir que no. Es espantoso pensar que esa apreciación que se llama juicio no es la justicia; el juicio es lo relativo y la justicia es lo absoluto.

Reflexionad la indiferencia que existe entre un juez y un justo.

Los malvados maltratan á la conciencia autoritariamente. Existe una gimnasia de lo falso; un sofista es un falsario, y hay ocasiones en que ese falsario brutaliza el buen sentido. Existe cierta lógica ligera, implacable y activa al servicio del mal, y que sobresale en matar la verdad en las tinieblas: puñetazos siniestros que da Satán á Dios.

Lo triste era que Barkilphedro iba á producir un aborto: emprendía vasto trabajo para originar al fin poco estrago. ¡Ser hombre corrosivo, contar con voluntad de acero, con odio de diamante, con curiosidad ardiente de la catástrofe, y no quemar, ni decapitar, ni exterminar á nadie! ¡Es posible ser lo que él era, una fuerza destructora, una animosidad voraz, gusano roedor de la dicha ajena, creado con cualidades tan sobresalientes para hacer daño y tal vez sólo servir para dar un papirotazo!... ¡Ser un resorte para poder romper las rocas á pedazos y soltar el fiador para causar á una joven una abolladura en la frente! ¡Emplear una labor de Sísifo para obtener un resultado de hormiga! ¡Sudar todo el odio por casi nada! Esto es muy humillante para el que se halla dotado de un mecanismo de hostilidad capaz de triturar al mundo. ¡Poner en movimiento todos los engranajes, producir en la obscuridad todo el ruido de una máquina de Merly, para conseguir, quizá, pinchar la punta de un dedo rosado! ¡Voltear y volver á dar vueltas á los bloques para conseguir arrugar un poco la superficie lisa de la corte!

Además, siendo como es la corte terreno extraño, nada es tan peligroso en ella como apuntar á un enemigo y errar el tiro. Desde luego esto os desenmascara á sus ojos, y esto le irrita; después, esto disgusta al Rey. Los reyes no pueden ver á las personas torpes. No hagáis contusiones ni maltratéis cobardemente. Ahogad á quien os plazca, pero no hagáis echar sangre por la nariz á nadie. El que mata es hábil, el que únicamente hiere inepto. A los reyes les desagrada que dejen cojos á sus domésticos; no os pueden ver si quebráis una porcelana de sus chimeneas ó á un cortesano de su palacio. La corte debe estar muy limpia.

Esto conciliase perfectamente con la afición que á la maledicencia tienen los príncipes. Hablad contra todo y contra todos los que queráis, mas no hagáis mal, ó si lo hacéis que sea en gran escala. Dad puñaladas, pero no pinchéis, á no ser que la aguja se halle envenenada; este es, recordémoslo, el caso de Barkilphedro.

El pigmeo que odia es la redoma en que está encerrado el dragón de Salomón; redoma pequeñísima y dragón desmesurado; condensación formidable, que está aguardando la hora gigantesca de la dilatación; disgusto que consuela al que premedita la explosión. El contenido es mayor que el continente. ¡Un gigante latente es cosa extraña! Un acarus (1), en cuyo interior hay una hidra. Ser espantosa caja de sorpresas y tener dentro de sí un Leviatán, es para el enano una tortura y una voluptuosidad á la par.

Nada era capaz de hacer que Barkilphedro abandonase su presa, y esperaba la ocasión. ¿Llegará? No lo sabía, pero la aguardaba. Los seres malvados tienen mucho amor propio. Agujerear y zapar una fortuna de la corte, que está muy alta; mirarla, rodeados de peligros, subterráneamente, es interesante, y hace apasionar este trabajo de zapa. Halaga esta ocupación, como la de escribir un poema épico. Es acción heroica en el enano atacar al gigante; vanagloria ser la pulga de un león.

El noble animal, al que la pulga pica, emplea su enorme cólera contra un átomo; le disgustaría menos luchar contra un tigre. He aquí los papeles cambiados. Humillado el león, siente dentro de la carne el dardo del insecto, y la pulga puede decir: Yo tengo, dentro de mí, sangre de león.

Por consiguiente, la empresa de Barkilphedro puede decirse que era sólo para su orgullo una especie de linitivo, un consuelo, y pensaba con desagrado que no podría obtener otro resultado que el cortar mezquinamente la epidermis de Josiana. ¿Qué más podía esperar siendo él tan oscuro y ella tan radiante? Un arañazo, que es nada para el que hubiera gozado en desollarla viva. ¡Es un dolor ser impotentes abrigando tan siniestras intenciones! Pero nada es perfecto en el mundo.

(1) Gusano que se cría dentro del queso.

Al fin se resignaba; no pudiendo hacer otra cosa, concretábase á empequeñecer su idea de venganza; de todos modos siempre tenía un móvil que seguir.

Es un malvado el que se venga de un beneficio; Barkilphedro era ese coloso; generalmente la ingratitud consiste en el olvido: en los privilegiados del mal, ésta se troca en furor. El ingrato vulgar se llena de ceniza. A Barkilphedro le llenaba un horno. Horno que amurallaban el aborrecimiento, la cólera, el silencio y el rencor, mientras aguardaba que Josiana fuese su combustible. Nunca, sin ningún motivo, hombre alguno odió hasta ese extremo á una mujer. Y, ¡cosa terrible! ella era su insomnio, su preocupación, su enojo, su rabia.

Tal vez estuviese algo enamorado.

XI

BARKILPHEDRO EN ACECHO

Hallar la parte sensible de Josiana y herirla allí, era, como hemos dicho, la voluntad imperturbable de Barkilphedro; pero querer no basta, es menester poder. ¿Y cómo? Esta es la cuestión.

Los ganapanes vulgares se arreglan cuidadosamente el escenario de picardía que desean acometer; no se reconocen bastante fuertes para asir un incidente al paso, para apoderarse de él voluntariamente ó á la fuerza y obligarle á que les sirva. De aquí provienen combinaciones preliminares, que los grandes malvados desdeñan. Los malvados profundos únicamente cuentan *a priori* con su maldad; se limitan á armarse de todas las armas preparados para todos los casos, y, como Barkilphedro, acechan las ocasiones favorables. Saben que un plan imaginado de antemano corre el peligro de fracasar con la presentación de un acontecimiento inesperado; de este modo no se puede ser dueños de lo posible y no se obra como se quiere. No pueden tenerse conferen-

cias previas con el destino; al día siguiente ya no os obedece, porque éste es insubordinado. Por eso le espían, para pedirle sin preámbulo, en el instante preciso y con rapidez, su colaboración. Aprovecharse inmediata y súbitamente de un hecho cualquiera que pueda ayudar, es la habilidad que distingue al malvado eficaz, y que eleva al pícaro á la dignidad de demonio. El verdadero malvado os hiere como una honda con el primer guijarro que halla; los malhechores capaces cuentan con lo imprevisto, ese atónito auxiliar de tantos crímenes. Empuñar el incidente y saltar sobre él es la única arte poética para esta clase de talento, y esperando que sobrevenga, sondear el terreno.

Para Barkilphedro, el terreno era la Reina Ana; éste aproximábase tanto á la Reina, que á veces se imaginaba percibir los monólogos de su majestad.

Algunas veces asistía, pocas, á las conversaciones de las dos hermanas; no se le prohibía que mezclara en ellas algunas palabras; él aprovechábase de esto para empequeñecerse á los ojos de ellas, y este era un modo de inspirar confianza.

Así es que un día, en Hampton-Court, en el jardín, hallándose detrás de la duquesa, que estaba detrás de la Reina, oyó que Ana, conformándose pesadamente con la moda, emitía sentencias.

—Las bestias son felices—exclamó la Reina,—porque no están expuestas á ir al infierno.

—Porque están ya en él—contestó Josiana.

Esta respuesta que substituía bruscamente la filosofía á la religión, disgustó á Ana.

—Nosotras hablamos del infierno como dos necias—repuso la Reina;—preguntemos á Barkilphedro si sabe lo que es el infierno. Debe saberlo.

—¿Como diablo?—interrogó Josiana.

—Como bestia—respondió Barkilphedro, inclinándose.

—Tiene más ingenio que nosotras—dijo la Reina á Josiana.

Para un hombre como Barkilphedro aproximarse á la Reina era dominarla. Podía decir: Ya la tengo. Ahora únicamente le faltaba hacer que le sirviera.

Había sentado bien el pie en la corte

estaba apostado y nada de ella podía escaparse á su penetración. Más de una vez había conseguido hacer sonreír malignamente á la Reina, y esto equivalía á haberle otorgado licencia de caza. ¿Pero la habría reservada? ¿Este permiso autorizábale para herir en el ala ó en la pierna de alguno, como por ejemplo, á la misma hermana de su majestad?

Primer punto que tenía que aclarar: ¿La Reina quería á su hermana? Un paso dado en vago podría echarlo todo á perder, y Barkilphedro espiaba.

Antes de empezar la partida, el jugador mira sus naipes.

¿Con qué triunfos podía contar? Barkilphedro comenzó por examinar la edad de las dos mujeres; Josiana tenía veintitrés años, Ana cuarenta y uno; está bien, podía jugar. Es irritante para la mujer el momento en que deja de contar por primaveras y empieza á contar por inviernos, y siente sordo rencor contra el tiempo. Las jóvenes, que se hallan en la flor de la edad que perfuma á los demás, son para ellas espinas, porque sienten los pinchazos de esas rosas; les parece que han perdido su frescura y que la belleza disminuye en ellas para aumentarse en las otras.

Explotar este mal humor secreto, ahondar la arruga en la frente de una mujer, de cuarenta años, que es Reina, es lo que intentaba ejecutar Barkilphedro. La envidia sobresale en excitar los celos, como el ratón en hacer salir al cocodrilo.

Barkilphedro fijaba en la Reina Ana su mirada magistral y veía dentro de ella como en el agua estancada. La marjal tiene su transparencia. En el agua sucia se ven los vicios y en el agua turbia las ineptitudes. Ana era una agua turbia.

Embriones de sentimientos y larvas de ideas agitábanse en su cerebro espeso. Unos eran poco claros, otros apenas ofrecían contornos; no obstante, eran realidades, pero informes. La Reina piensa esto, la Reina quiere aquello; precisar el qué era lo difícil. Las metamorfosis confusas que se verifican en el agua que se corrompe, son difíciles de estudiar.

La Reina, generalmente, era oscura, pero tenía algunas veces salidas bruscas y tontas; por ellas había que cogerla.

¿En su fuero interno, deseaba la Reina

Ana el bien ó el mal de la duquesa Josiana?

Este problema se propuso resolver Barkilphedro, pues una vez resuelto tenía adelantado mucho camino; varias casualidades le ayudaron y, sobre todo, su tenacidad de espía.

Ana era, por parte de su esposo, algo parienta de la nueva Reina de Prusia, mujer del Rey de los cien chambelanes, de la que poseía un retrato pintado sobre esmalte por el procedimiento de Turquet de Mayerne. Dicha Reina de Prusia tenía también una hermana, más joven que ella, é ilegítima también, la Baronesa Drika.

Un día, estando presente Barkilphedro, Ana hizo al embajador de Prusia varias interrogaciones respecto á la Baronesa Drika.

—Dicen que es muy rica.

—Es opulenta—respondió el embajador.

—¿Tiene palacios?

—Palacios magníficos, como no los posee la Reina su hermana.

—¿Con quién va á casarse?

—Con un gran señor, con el Conde Gormo.

—¿Es bella?

—Hermosísima.

—¿Es joven?

—Muy joven.

—¿Es tan hermosa como la Reina?

El embajador bajó la voz y exclamó:

—Mucho más.

—Eso es mucha insolencia — susurró Barkilphedro.

La Reina, después de una pausa, exclamó:

—¡Esas bastardas!...

Barkilphedro anotó ese plural.

Otro día, á la salida de la capilla real, cuando Barkilphedro estaba próximo á la Reina, y entre los grooms de la limosnería, lord David, que pasaba por entre dos filas de mujeres, produjo en ellas un murmullo de complacencia. A su paso oyéronse las siguientes exclamaciones femeninas: — ¡Qué elegante es! ¡Qué gentil! ¡Qué aire tan noble tiene! ¡Es hermoso!...

—Ese hombre es antipático — dijo en voz queda la Reina; pero Barkilphedro lo oyó y se apoderó de este dato. Podía ya perjudicar á la Duquesa sin desagradar á

la Reina. Estaba ya resuelto el primer problema.

Ahora presentábasele el segundo. ¿Cómo perjudicar á la Duquesa? Para tan difícil propósito, ¿qué medios le podía prestar su miserable empleo? Probablemente ninguno.

XII

INGLATERRA, ESCOCIA É IRLANDA

Indiquemos un detalle: la Duquesa Josiana tenía el torno. Esto se comprenderá con facilidad si se reflexiona que, aunque bastarda, era hermana de la Reina, esto es, persona de sangre real.

¿Qué es tener el torno? El Vizconde de Saint-John, lord Bolingbroke, escribía á Thomas Lennard, Conde Sussex: «Dos cosas componen la verdadera grandeza: en Inglaterra tener el torno, y en Francia tener el *pour*.»

El *pour*, en Francia, era lo que sigue: cuando el Rey estaba de viaje, el furriel de la corte, cuando llegaba la noche y concluían la etapa, designaba el alojamiento á las personas que acompañaban á Su Majestad; entre dichos señores algunos gozaban de un gran privilegio: «Tienen el *pour*, dice el *Diario* histórico del año 1694, página 6, esto es, que el furriel, al indicar los alojamientos, ponía *pour* delante de sus nombres, como verbi gracia: *Pour el señor Príncipe de Soubise*: cuando designaba la habitación de un señor que no era Príncipe, no ponía *pour*, sino simplemente su nombre, como por ejemplo: *El Duque de Grevres, el Duque de Mazarin*, etc. Este *pour*, escrito sobre una piedra, indicaba á un Príncipe ó á un favorito. El Rey otorgaba el *pour* con el cordón azul ó el serpar.»

Tener el torno en Inglaterra era menos vanidoso, pero más real: era un signo de acercarse mucho á la persona reinante. Todo el que, por nacimiento ó por influjo, se hallaba en el caso de recibir comunicaciones directas con su majestad, tenía en la pared de su habitación de dormir un torno, al que había ajustado un timbre. El timbre sonaba y el torno se abría, y una misiva real aparecía sobre un plato de oro ó sobre un cojín de ter-

ciopelo; luego el torno se volvía á cerrar. Esto era íntimo y solemne: era lo misterioso en lo familiar; la campanilla anunciaba un mensaje real. No se veía al que le trajo, pero siempre era un paje de la Reina ó del Rey. Léicester tenía el torno en el reinado de Elisabet, y Buckingham en el de Jacobo I. Josiana lo tenía en el de Ana, aunque al parecer no era favorita suya. No existía privilegio tan envidiado, aunque implicaba más servilidad. Era el que lo poseía más criado, pero en la corte lo que rebaja eleva.

Lady Josiana, virgen en la pairía, como Elisabet fué Reina virgen, llevaba en la ciudad y en el campo una vida casi de princesa; tenía casi su corte, de la que siendo cortesano lord David, lo eran otros muchos. No estando casados aún lord David y lady Josiana, podían, sin caer en el ridículo, presentarse juntos en público, lo que hacían con satisfacción de ambos. Iban á los espectáculos y á las carreras en la misma carroza y ocupaban el mismo sitio. El matrimonio, que les era permitido, y hasta impuesto, les entibiaba, pero les agradaba verse. El trato familiar permitido á los prometidos esposos tiene una frontera fácil de franquear, pero se impedían de franquearla, porque eso era de mal gusto.

Los más llamativos *boxes* se efectuaban en Lambet, parroquia en la que el lord arzobispo de Cantorbery posee un palacio (aunque en ella el aire es malsano) y una hermosa biblioteca, abierta á ciertas horas para las personas honradas. Un día, en invierno, se verificó allí, en una pradera cerrada con llave, una lucha entre dos hombres, á la que asistió Josiana, conducida por lord David. Ella le interrogó:—¿Se admite aquí á las mujeres? — David le respondió: — *Sunt feminae magnate*; traducción libre: A las grandes damas; traducción literal: Las grandes damas existen. Una Duquesa entra en todas partes; por eso lady Josiana vió el *boxe*.

Para asistir Josiana vistióse de caballero, cosa que en aquel tiempo se acostumbraba; las mujeres no viajaban con otro traje. De las seis personas que podían llevar el *coach* (1) de Windsor, era raro no ver entre ellas una ó dos mujeres vestidas de hombre.

Lord David, como iba acompañando á una mujer, permaneció como espectador. Lady Josiana miraba á través del ante-ojo cuyo acto era propio de un gentil-hombre.

Presidía el noble encuentro lord Germaine. Apostaban muchos gentileshombres; Harry Bellew de Carleton, que pretendía la pairía extinguida de Bella-Agua, apostaba contra Henry, lord Hyde, miembro del Parlamento por la aldea de Dunhivid; el honorable Peregrin Bertie, miembro por la aldea Truro, contra sir Thomas Colepeper, miembro por Maidstone, y apostaban muchísimos más lores, cuyos nombres suprimimos por no cansar al lector.

De los dos boxeadores, uno era irlandés, de Tipperary, y cuyo nombre era el de su montaña natal, Phelem-ghe-madone; el otro era escocés y se llamaba Helmsgail. Esta lucha ponía dos orgullos nacionales uno enfrente del otro; Irlanda y Escocia iban á batirse. Erin iba á darse de puñetazos con Gajothel, y las apuestas pasaban de cuarenta mil guineas.

Los dos luchadores estaban desnudos, con un pantalón muy corto, con hebillas en las caderas, y borcegués, con suelas claveteadas, atados á los tobillos.

El escocés Helmsgail era un jovencito que apenas tendría diez y nueve años, pero ya le habían recosido la frente, y por esto apostaban en su favor dos partes y un tercio más. El mes anterior hundió una costilla é hizo saltar los dos ojos al boxeador Sixmileswater, y esto explicaba el entusiasmo que causaba en la concurrencia: tenían de ganancias, los que apostaban en su favor, doce mil libras esterlinas; además de la frente cosida, tenía una mandíbula rajada. Era listo y siempre estaba alerta. No era más alto que una mujer, bajo, cachigordo, recogido, de pequeña y amenazadora estatura y formado para el pugilato. Sonreíase y añadía á su sonrisa los vacíos que le habían dejado la falta de tres dientes.

Su adversario, alto y grueso, esto es, débil. Tenía seis pies de altura, el pecho de hipopótamo y el aspecto amable. Sus puñetazos eran capaces de hendir un buque, pero no sabía darlos. Este irlandés parecía estar en los boxes más para reci-

(1) Coche.

birlos que para darlos; sin embargo, parecía que había de durar mucho tiempo; era una especie de *roastbeef* poco cocido, difícil de ser mordido é imposible de comer; una especie de carne cruda. Combatía y parecía resignarse.

Esos dos hombres habían pasado la noche anterior en la misma cama, uno junto al otro, y habían dormido juntos. Bebieron en el mismo vaso tres dedos cada uno de vino de Oporto.

Los partidarios de ambos adversarios dividíanse en dos grupos, y todos ellos eran de semblante rudo y amenazaban, cuando creían tener razón, á los árbitros. En el grupo de los sostenedores de Helmsgail, veíase á John Gromane, famoso por poderse cargar un toro en las espaldas, y á John Bray, por cargarse también diez fanegas de harina y con ellas al molinero, y andar con ellas á cuestras más de cien pasos. En el grupo de Phelem-ghe-madone, sobresalía un tal Kilter, que lanzaba una piedra de veinte libras de peso á la altura de la torre más alta de un castillo. Dichos tres hombres, Kilter, Bray y Gromane, eran de Cornailles, para la honra de ese condado.

Los demás sostenedores eran bribones y canallas de cara estúpida y andrajosos, y todos ellos habían dado que hacer á la justicia. Muchos de ellos sabían burlar hábilmente á la policía; cada profesión tiene sus talentos.

El prado elegido se hallaba más lejos que el jardín de los Osos, llamado así porque en otros tiempos luchaban allí osos, toros y dogos, al lado de las ruinas del priorato de Santa María Over Ry, que destruyó Enrique VIII. Hacía el viento del Norte y caía lluvia fina, que pronto se convertía en escarcha. Entre los *gentlemen* conocíase los que eran padres de familia en que habían abierto los paraguas.

Por parte de Phelem-ghe-madone, el coronel Mancreif era el árbitro y Kilter el que ponía la rodilla. Por parte de Helmsgail, el honorable Pughe Beaumaris era el árbitro y lord Desertum el que ponía la rodilla.

Los dos boxeadores estuvieron unos instantes inmóviles mientras igualaban los relojes. Luego se acercaron el uno al otro y se dieron la mano.

Phelem-ghe-madone dijo en voz queda á Helmsgail:

—Preferiría irme á casa.

—Pues el público no se ha tomado para eso la incomodidad de venir—le respondió Helmsgail.

Como estaban casi desnudos, tenían frío; Phelem-ghe-madone, tiritaba.

El doctor Eleanor Sharp, sobrino del arzobispo de York, les gritó:

—Golpeaos, pillastres; esto os calentará.

Esta alusión amena los desheló y se atacaron.

Pero ni uno ni otro sentían cólera. Se dieron tres ataques infructuosos. El reverendo doctor Gumdrait, gritó:

—Que se entonen con ginebra.

Los cuatro jueces se opusieron, no obstante el mucho frío que hacía.

Se oyó el grito *¡first blood!* esto es, la petición de la primera sangre de los combatientes. Entonces los situaron bien, uno enfrente del otro.

Los dos se miraron, aproximáronse, alargaron los brazos, se tocaron los puños y después retrocedieron. De improviso Helmsgail dió un salto y comenzó el verdadero combate.

Phelem-ghe-madone recibió un golpe terrible en medio de la frente, entre las dos cejas, que le hizo correr la sangre por toda la cara. La multitud gritó: *¡Helmsgail ha hecho ya derramarse el Bordeaux!* Todos aplaudieron. Phelem-ghe-madone, dando vueltas á los brazos como un molino las aspas, agitaba los puños á la ventura.

El honorable Bertie exclamó:

—Cegado, pero no ciego aún.

Entonces oyó Helmsgail que le animaban por doquiera, gritándole:

—*¡Reviéntale los ojos!*

Los dos campeones estaban bien escogidos, y aunque el tiempo era poco favorable, la concurrencia comprendió que la lucha tendría gran éxito. El semigigante Phelem-ghe-madone tenía los inconvenientes de sus ventajas: se movía con dificultad; sus brazos eran dos mazas, pero su cuerpo era macizo. El enano corría, pegaba, brincaba, se deslizaba y aumentaba su vigor con la velocidad y con la astucia. El primero daba el puñetazo primitivo, salvaje, inculto, en el estado de ignorancia, y el segundo daba el puñetazo de la civilización. Helmsgail com-

batía tanto con los nervios como con los músculos, y tanto con su astucia como con su fuerza; Phelem-ghe-madone era un aporrreador inerte, pero aporrreado antes. Combatían el arte contra la naturaleza, el feroz contra el bárbaro.

Parecía evidente que el bárbaro fuese el vencido, pero no pronto, y esto era lo que hacía interesante el combate. El pequeño contra el grande tiene casi siempre la suerte de su parte. Los Goliats son vencidos por los Davids.

El público dirigía una granizada de apóstrofes á entrambos combatientes. Los amigos de Helmsgail no dejaban de gritarle:

—*¡Reviéntale los ojos!*

Helmsgail hizo más; se bajó súbitamente y se enderezó, haciendo una ondulación de reptil, y dió un golpe espantoso á Phelem-ghe-madone en el esternón. El coloso se bamboleó.

—*¡Ese es un mal golpe!*—prorrumpió con satisfacción el vizconde Barnard.

Phelem-ghe-madone se cayó sobre la rodilla de Kilter, diciendo:

—Principio á calentarme.

Lord Desertum, después de consultar con los jueces, dijo:

—Suspéndese la lucha por cinco minutos.

Phelem-ghe-madone desfallecía; Kilter le enjugaba la sangre de los ojos y el sudor del cuerpo con un trozo de franela y le puso el cuello de una botella en la boca; el semigigante, además de la herida de la frente, tenía el vientre muy hinchado y el sinciput (1) magullado. Helmsgail estaba todavía sano.

Se levantó un murmullo entre el público.

—Es un mal golpe—repetía lord Barnard.

—La apuesta es nula—dijo un gentleman.

—Reclamo mi apuesta—añadió sir Thomas Colepeper.

—Que se me devuelvan mis quinientas guineas, que me voy—repuso sir Bartholomew Gracedien.

—Que concluya la lucha—gritó la concurrencia.

Pero Phelem-ghe-madone se levantó

(1) La parte superior de la cabeza.

bamboleándose como hombre ebrio, y este cíclope—pues no tenía ya más que un ojo,—se comprendió que iba á concluir la lucha, y que éste estaba perdido sin remedio. Helmsgail, que apenas estaba sudado, gritó:

—Apostaría en favor mío mil contra uno.

—¡Concedido! ¡concedido! — gritaron de todas partes.

Transcurridos los cinco minutos de suspensión, volvió á continuar la lucha. Este combate, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un simple entretenimiento para Helmsgail.

El enano pudo conseguir coger de repente debajo de su brazo izquierdo la voluminosa cabeza del gigante y allí la sostuvo con el sobaco, con el cuello plegado y la nuca debajo, mientras que su puño derecho caía y volvía á caer con fuerza, como un martillo sobre un clavo, y le destrozaba la cara. Cuando soltó á Phelem-ghe-madone y éste pudo levantar la cabeza, no se le conocía ya la cara. Lo que fué nariz, boca y ojos, ofrecía la apariencia de una esponja negra empapada en sangre. Escupió y echó en el suelo cuatro dientes.

Luego cayó y Kilter le recibió sobre la rodilla.

Helmsgail únicamente tenía algunas moraduras y un arañazo en la clavícula.

Harry de Carleton exclamó:

—Ya ha terminado Phelem-ghe-madone: apuesto en favor de Helmsgail mi pairía de Bella-Agua y mi título de lord Bellew contra una peluca vieja del arzobispo de Cantorbéry.

Kilter introdujo la franela sangrienta dentro de la botella y la sacó empapada de ginebra: se la metió en la boca á Phelem-ghe-madone y éste abrió un ojo.

—Toma otra vez más ginebra, amigo mío—le dijo Kilter en voz queda;—por el honor de nuestro país.

Phelem-ghe-madone obedeció á su amigo y después se levantó.

Por la manera de colocarse en posición

Helmsgail levantó el brazo y pegó, pero lo más extraño fué que los dos cayeron al suelo. Oyóse un gruñido alegre, producido por Phelem-ghe-madone, que estaba contento. Se aprovechó del golpe tremendo que su contrario le dió en el cráneo, para darle otro terrible en el ombligo.

Helmsgail yacía en tierra y resollaba agonizando.

La concurrencia que le vió, exclamó: —Ya se ha reembolsado.

Todos los concurrentes aplaudieron, aun los que habían perdido.

Phelem-ghe-madone devolvió mal golpe por mal golpe y obraba según su derecho. Lleváronse en unas angarillas á Helmsgail; era opinión general que no volvería ya á *boxar*.

—Yo gano mil doscientas guineas.

Phelem-ghe-madone quedó, indudablemente, estropeado para toda la vida.

Al salir del sitio de la lucha, Josiana se apoyó en el brazo de lord David—lo que es permitido entre prometidos, — y le dijo:

—Esto será bastante divertido, pero...

—¿Pero qué?

—Creía que me libraría del tedio, pero me ha aburrido más.

Lord David se detuvo, miró á Josiana, cerró la boca é hinchó los carrillos, moviendo la cabeza, como para que ésta le atendiese, y le dijo:

—Para curar el tedio sólo hay un remedio.

—¿Cuál?

—Gwynplaine.

La Duquesa le interrogó:

—¿Qué significa Gwynplaine?

LIBRO SEGUNDO

Gawimplaine y Dea.

I

EN EL QUE SE VE EL ROSTRO DEL QUE HASTA AHORA ÚNICAMENTE SE HAN VISTO LAS ACCIONES.

La Naturaleza fué pródiga con Gwynplaine: le dotó de una boca que abría de oreja á oreja, de orejas que se plegaban casi encima de los ojos, de nariz deforme y de una cara que hacía reír al que la miraba. ¿Esta deformidad, era sólo obra de la Naturaleza? ¿No la habían ayudado los hombres?

No produce generalmente la Naturaleza ojos parecidos á días de sufrimiento, protuberancia carnosa con dos agujeros por narices y rostro machacado produciendo el resultado de la risa, cuando la risa siempre es la manifestación de la alegría.

Observando al volatinero (pues Gwynplaine era volatinero), pasada la primera impresión alegre que producía, advertíase en él la huella del arte. Semejante rostro no es casual, sino hecho adrede. No es natural ser completo hasta ese punto. El hombre no puede mejorar su hermosura, pero sí su fealdad. No se puede ha-

cer de un perfil hotentote un perfil romano, pero una nariz griega podréis transformarla en nariz kalmuca. ¿Llamaba este volatinero, siendo niño, la atención, hasta el extremo de que fuese digno de que le modificasen la cara de este modo? Indudablemente lo hicieron así para exhibirle y para especular con él. Según todas las apariencias, los industrioses compraniños le habían trabajado el semblante. Era evidente que una ciencia misteriosa, quizás oculta, que era á la cirugía lo que la alquimia es á la química, había cincelado esa carne, evidentemente en la edad infantil, y creado con premeditación ese semblante; esa ciencia, hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, había hendido la boca, desfigurando los labios, descarnado las encías, extendido las orejas, deshecho los cartílagos, desordenado las cejas y las mejillas, alargando el músculo cigomático, hecho desaparecer las costuras y las cicatrices, extendiendo la piel sobre las lesiones, conservando siempre el semblante boquiabierto, y de esta escultura poderosa y profunda había resultado la máscara de Gwynplaine. No se nace con ese rostro.

Habían hecho de él lo que se propusie-